

### Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,  
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
 como hija, esposa y madre,  
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
 Muéstranos tu protección de Madre  
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

### ESQUEMA:

1)	INTRODUCCIÓN .....	1
2)	LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO: LA MISTERIOSA PATERNIDAD ABSOLUTA DE DIOS .....	2
3)	MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE.....	3
4)	LA RECIPROCIDAD DEL PERDÓN PATERNO-FILIAL .....	5
5)	LA MAGNANIMIDAD, UNA VIRTUD DEL PERDÓN PATERNO-FILIAL .....	5
6)	RESUMIENDO.....	5
7)	CONCRETANDO .....	6
8)	PRÁCTICA FAMILIAR.....	6
9)	REFERENCIAS .....	6

## TEMA 5. EL PERDÓN ENTRE PADRES E HIJOS

### 1) Introducción

Tras haber estudiado sucesivamente el perdón como don perfecto, la temporalidad del perdón, y el puesto de la palabra en el mismo, iniciamos este mes otro bloque de temas dedicados a profundizar en la naturaleza del perdón en las diferentes relaciones familiares. En concreto nos queremos detener sucesivamente en el perdón entre padres e hijos, en el perdón conyugal y en el perdón fraterno. Veremos cómo hay una circularidad entre ellos, pero también una especificidad propia de cada tipo de relación. Comenzamos por el perdón paterno-filial.

Según la Revelación divina, esta relación es el paradigma para penetrar en el misterio del perdón. El profeta Malaquías afirma: “Mirad, os envío al profeta Elías, antes de que venga el día del Señor, día grande y terrible. Él convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, para que no tenga que venir a castigar y destruir la tierra” (*Mal* 3, 23-24). Se trata de un texto con el que concluye este libro profético, que se considera como un apéndice, y donde se evoca también la figura de Moisés (*Mal* 3,22: “recordad la ley de mi siervo Moisés, los mandatos y preceptos que le di en el Horeb para todo Israel”). La misión reconciliadora de Elías se recuerda también en *Eccl*o 48,10 (“...tú fuiste designado...para reconciliar a los padres con los hijos..”), y se prolonga en la misión de san Juan Bautista: “Irás delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes, a la sensatez de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (*Lc* 1,17). De este modo, tanto Elías como Juan el Bautista son precursores de Cristo cuya misión es ofrecer el perdón del Padre, como Hijo amado.

## 2) **La parábola del hijo pródigo: la misteriosa paternidad absoluta de Dios**

“Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente” (Lc 15,11-13). El relato de san Lucas constituye una página sublime del Evangelio en el que se pone de manifiesto la estrecha conexión entre el relato y el perdón. De este modo, podemos comprender que narrar es generar y regenerar.

El famoso cuadro de Rembrandt *El regreso del hijo pródigo* es quizás su última obra, pintado al final de su vida, en el año 1669. Es un cuadro de grandes proporciones -2,50 x 2 metros-. En 1766 fue adquirido por la Zarina Catalina la Grande e instalado en la Residencia de los Zares en San Petesburgo, capital de la Rusia Zarista, en lo que hoy es el Museo Hermitage.



Rembrandt dibuja el momento de la confesión del hijo arrodillado ante el padre y el gesto de perdón de éste, inclinado sobre él, con sus dos manos reposando sobre la espalda del hijo. El foco de luz de toda la escena se concentra sobre el rostro del padre. Él es el principal protagonista del que nace el evento del perdón. Así como Dios plasmó a Adán en la creación con sus propias manos, -el Verbo y el Espíritu-, asimismo es ahora el padre quien recrea al hijo también con sus propias manos. La diferencia en la representación de las dos manos del padre, notoriamente distintas, ha inspirado a algunos para señalar la paternidad absoluta de Dios que incluye tanto lo masculino cuanto lo femenino.

Por otro lado, el rostro del hijo, apoyado sobre el seno del padre, que representa su identidad y dignidad es regenerado, reconstituido. El contraste entre las vestiduras del padre y las del hijo es notable. Los vestidos simbolizan la dignidad de la persona, y el hijo harapiento muestra en sus vestimentas las heridas de sus ofensas, los zapatos rotos y el pie izquierdo herido en la planta, muestra con claridad cómo se ha degradado hasta no merecer ser llamado hijo, sino jornalero. El color rojo elegido para la capa del padre simboliza el amor que anima toda la actividad del padre hacia el hijo.

Como recordatorio, decir que Rembrandt (1606-1669) es un pintor holandés, uno de los grandes de la historia de la pintura. Es el maestro del claroscuro y uno de los más caracterizados pintores del barroco. Llevó una vida azarosa, inestable, conflictiva y dura. Se casó dos veces y, al final, vivió con una mujer que no era su esposa, tras graves problemas familiares. Un año antes de su muerte falleció su hijo Tito.

En claro contraste con los dos hijos de la parábola, Jesús no se alejará del Padre. Ya en su primera infancia, -así lo expresa Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*-, “con la huida a Egipto y el regreso a la tierra prometida, nos regaló el éxodo definitivo. Él vuelve a casa y conduce a casa. Él está siempre de camino hacia Dios y, de ese modo, conduce de la alienación a la patria, a lo auténtico y propio. Jesús, el Hijo verdadero, partió él mismo en un sentido muy profundo hacia «tierra extraña» a fin de conducirnos a todos de regreso desde la alienación a casa”. A la luz de la íntima relación de amor entre el Padre y el Hijo podemos adentrarnos en el misterio del perdón cuya forma primigenia es siempre paterno-filial.



Cristo nos revela la paternidad de Dios de un modo nuevo e inaudito. Jesucristo es el Hijo único del Padre, de tal modo que “quien me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9), pues “no es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre” (Jn 6,46). “Yo estoy en el Padre y el Padre en mí” (Jn 14,11). Esta profunda comunión entre el Padre y el Hijo hace que Cristo nos revele la profundidad y el alcance de la paternidad de Dios, fundada en el amor mutuo entre el Padre y el Hijo. Dios es, ante todo y sobre todo el Padre de Jesús; y Él es el “Hijo” por antonomasia, cabeza y principio de la humanidad nueva. La paternidad de Dios y la filiación de Jesús no son una paternidad y filiación cualesquiera. La paternidad absoluta, eterna de Dios es fuente de misericordia que se revela en la filiación del Hijo. Los santo Padres, al comentar la parábola, acuñaron esta hermosa expresión para referirse al Padre: *Tam Pater nemo* (nadie es tan Padre) (Cf. Tertuliano, *De paenitentia* 8: CCL 1,335).

### **3) Misericordiosos como el Padre**

Si la Revelación cristiana nos explica la misericordia de Dios a través de la relación paterno-filial, en la experiencia de la familia los padres están llamados a ejercitar la misericordia con sus hijos, transmitiéndoles así la imagen de Dios misericordioso. En este sentido, la expresión del evangelista San Lucas en el Sermón del Monte “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36) se puede aplicar de un modo muy singular a los padres de familia.

Es este sentido, podemos decir que la primera misericordia de los padres es acoger a los hijos. El deseo que Dios ha puesto en el corazón de los cónyuges de llegar a ser padres, ha de ser interpretado no como el deseo de tener un hijo a toda costa, como un producto, sino como el deseo de recibir a los hijos. El hijo es, de este modo, un don que pide ser acogido, abrazado, introducido en la vida. Generar es introducir en nuevas relaciones, y con ellas, los padres inician su andadura como tales. Los padres, ante un nuevo ser humano, cobran conciencia llenos de asombro de que Dios ama a este hombre por sí mismo, con un amor incondicional y misericordioso. Precisamente porque los padres son procreadores, progenitores, por ello mismo se pueden convertir en perdonadores, regeneradores.

Si el hijo es siempre para sus padres memoria viva de su ser una sola carne, los padres son para los hijos el recuerdo perenne de un origen, un fundamento, una fuente que les ha generado y no cesa de hacerlo. Reconociendo su origen podrán reconocerse como amados incondicionalmente, por sí mismos, fruto de un amor recíproco del que nacerá siempre una gratitud por el don de la vida recibida.

Dado que la misericordia es esencialmente generativa, con ella se inaugura un camino de paternidad que es permanente. Esta vía acompaña todas las etapas de la vida de los hijos: la infancia, la adolescencia, la juventud, la primera madurez... Es necesario no perder de vista que la vida es una historia, una narrativa con urdimbre y trama, con planteamiento, nudo y desenlace. En cada una de estas etapas, los padres aprenden a serlo de un modo nuevo, madurando en su vocación, y aprendiendo también nuevos modos de ejercitar la misericordia para con sus hijos. Si su amor mutuo se ha de ir dilatando, simultáneamente ha de irse incrementando su capacidad de perdón para con sus hijos. De este modo, padres e hijos crecen juntos. Las experiencias y la complejidad de la vida, con sus alegrías y sus penas, ofrecen la posibilidad de ir madurando en diferentes formas de vivir el amor misericordioso. Los padres sufren las ofensas de sus hijos porque quieren lo mejor para ellos. Pero ¿qué es lo mejor para ellos? Irlo descubriendo es la clave para ser buenos padres. El camino de la paternidad es el camino de la paciencia, es el arte de aprender a vivir de un modo excelente, que permite a los padres sembrar y aguardar, siempre con la esperanza de que sus trabajos y



desvelos, también sus errores y defectos darán, a su tiempo, fruto en sus hijos.

Una nota fundamental de la grandeza de la paternidad consiste en que los padres lo son para siempre. Por ello, ser padres requiere un acto de inmensa confianza. La promesa que Dios les hace es que aunque la navegación atravesará momentos duros y difíciles, a veces difícilísimos, el amor y la misericordia de Dios siempre los van a acompañar. Los padres siempre pueden, como afirma san Pablo, “doblar las rodillas ante el Padre de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra” (Ef 3,14-15) para aprender a perdonar continuamente a sus hijos. Amándolos y perdonándolos, los padres se hacen testigos de la misericordia de Dios. De este modo, recibiendo el haz luminoso de la misericordia divina, los hijos encontrarán la paz del corazón, necesaria para madurar y crecer en la amistad con Dios y con los demás.

Ni las propias limitaciones, ni las circunstancias futuras que les están veladas, pueden apagar la gran esperanza que late en el corazón de los padres, que les permite ir afrontando las diferentes situaciones de la vida con creciente realismo y entrañas de misericordia. De este modo, los padres van aprendiendo a ver cada vez más claramente lo que hay en juego. El amor y el perdón hacia sus hijos, por ejemplo, les ayudará a perdonarse entre ellos cuando vengan crisis, y experimentarán también que los hijos van a su vez aprendiendo a perdonarse entre sí, y que les perdonarán a ellos también cuando se equivoquen y les ofendan. De este modo, todos los miembros de la familia van creciendo en la escuela del aprendizaje vital de la misericordia que es la vida concreta familiar, nunca exenta de dificultades, y en ocasiones de dramas. Esta escuela los va introduciendo en una lógica de naturaleza circular, en las que todos perdonan y son perdonados. Se trata de una circularidad virtuosa en la que todos van creciendo juntos recíprocamente. Esta reciprocidad, que siempre es asimétrica, les hace penetrar en un amor más grande: la misericordia de Dios.

A nadie le duelen más los fracasos y equivocaciones de los hijos que a sus propios padres, porque cuando ellos sufren, los padres sufren con ellos y por ellos. Esta aceptación del otro que sufre significa asumir de algún modo su sufrimiento, de modo que este llega a ser también el de los padres. Precisamente porque se convierte en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia del otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor y de la misericordia. ¡Qué importante es para un hijo que haya alguien que siga creyendo en él, que está dispuesto a perdonarlo y a darle otra oportunidad!

La misericordia de los padres hacia los hijos nunca es indiferenciada sino concreta y personalizada. La misericordia contiene tanto rasgos masculinos (*hesed*) cuanto femeninos (*rahamim*). En tal sentido al padre le corresponde testimoniar el origen, estableciendo un orden, el sentido y el horizonte propios del camino del hombre; por su parte, la madre ofrece el origen radical de la vida, la acogida primera del hombre en el mundo, la presencia que sostiene, asegurando al hijo la bondad de su situación concreta. El hijo necesita de uno y otro para experimentar la amplitud, la riqueza y la grandeza del amor misericordioso. Si cada hijo procede, según el designio originario del Creador, de una comunión de personas, del amor entre hombre y mujer, esta diferencia que se encuentra en el origen de nuestra identidad arroja también un potente foco de luz para el misterio de la regeneración. Estas dos formas complementarias de misericordia fortalecen la comunión entre padres e hijos. Hay siempre una dimensión de trascendencia que no solamente se verifica al inicio de la vida, sino en el camino existencial de la misma, y que el hombre está llamado a reconocer. Cada vez que los padres perdonan a sus hijos acontece la paradójica “lógica de la sobreabundancia”, que supera, aunque siempre la incluya, la mera relación de justicia.

#### **4) La reciprocidad del perdón paterno-filial**

Si el perdón de los padres hacia los hijos deriva de un modo podemos decir natural, debido al acontecimiento amoroso de la generación de los hijos, también se verifica con el tiempo, aunque sea más difícil, un perdón de los hijos hacia los padres. El perdón hacia los padres supone una renuncia al sueño del padre ideal, abandonando al padre imaginario para aceptar el padre real.

Los padres, por tanto, no solamente han de perdonar incondicionalmente a los hijos, sino también han de aprender a pedirles perdón, así como los hijos no solamente han de aprender a recibir el perdón de sus padres, sino que también han de aprender a perdonarlos.

Nos encontramos así con una reciprocidad asimétrica entre los padres y los hijos a la hora de vivir el perdón. Dado que la relación entre padres e hijos es de tipo jerárquico, los padres han de tener una atención responsable hacia los hijos.

#### **5) La magnanimidad, una virtud del perdón paterno-filial**

La virtud de la magnanimidad es singularmente relevante a la hora de vivir la experiencia de perdonar a los hijos. La grandeza de corazón (como indica su etimología: *magna-anima*) supone una tensión hacia la excelencia (*quandam extensionem animi ad magnam* dice Santo Tomás de Aquino), un movimiento desde lo bueno hacia lo mejor. Es por ello connatural a la generosidad y a la liberalidad.

En la iconografía antigua, la magnanimidad se representa como una mujer madura, matrona majestuosa, noble, elevada. Lleva en la cabeza un casco recubierto de piel de león. Se apoya en una columna como emblema de fuerza, y tiene en la mano un dardo que apunta hacia abajo, símbolo de la clemencia. A sus pies gime la envidia, y tratan de herirla varios reptiles. Es virtud que deben practicar siempre soberanos, reyes y poderosos, por lo que también se la representa ricamente vestida, sentada sobre un león y ciñendo corona imperial, con un cetro en la mano y a su lado el cuerno de la abundancia. El ademán de las manos abiertas y extendidas también es frecuente para expresar la generosidad del soberano.

Parece que en Homero el primer sentido de la virtud de la magnanimidad fue lo que podríamos denominar “guerrero”. Como virtud guerrera se asociaba al valor, al coraje, a la valentía, al honor. A partir de este primer significado los filósofos antiguos distinguieron dos formas de magnanimidad: la de los políticos, caracterizada por una noble y gran ambición, transida de compromiso activo por llevar a cabo numerosas acciones, y la de los sabios o filósofos que no renuncian a una vida grande y plena, buscando permanentemente la verdad práctica en sus acciones. La cierta oposición entre ambas visiones va a ser integrada en el cristianismo. Esta integración de las fuentes antiguas se logró principalmente por la vinculación entre la magnanimidad con la humildad, dos virtudes cristianas inseparables. Afirma Santo Tomás de Aquino al respecto: “Así como el humilde siente bajamente de sí mismo en razón de su propia deficiencia, y siente altamente de los demás por lo que tienen de dones divinos recibidos, así el magnánimo procura dignificarse con los dones de Dios y menosprecia a los que vanamente se magnifican sin motivo” (*S.Th.*, II-II, q. 129, a. 3, ad 4).

Esta conjunción originalmente cristiana de magnanimidad y humildad se convierte así en un tesoro escondido para vivir cotidianamente la experiencia del perdón, y crecer en la dinámica de la comunión familiar.

#### **6) Resumiendo**

El evento del perdón encuentra su referencia primera y fundamental en la relación entre los padres y los hijos. La razón de ello se funda en el acontecimiento de la generación. En



efecto, los padres que han generado a los hijos, pueden también regenerarlos a través del perdón. Particularmente la figura del padre tiene teológicamente una singular relevancia. El Padre es la fuente primordial de la que brota el sobreabundante torrente de la misericordia divina.

La parábola del hijo pródigo nos muestra los rasgos de la misericordia de Dios como Padre que supera las ofensas del hijo con un amor nuevo e inaudito. Las manos del cuadro de Rembrandt evocan cómo Dios que ha creado al hombre con sus propias manos lo puede recrear en el evento del perdón. Cristo es el perdón del Padre; por medio de Él nos alcanza el amor misericordioso del Padre y se nos dona el Espíritu Santo vivificador.

Los padres amándose entre sí, están llamados a amar a sus hijos, y de este amor brota siempre el don del perdón. Ello comporta un camino de aprendizaje vital, una escuela que dura toda la vida. Aprender a perdonar a los hijos y aprender a pedirles perdón es una tarea humana permanente. El perdón de los padres hacia los hijos es un movimiento descendente del superior al inferior. Todo perdón encierra una reciprocidad, aunque sea asimétrica.

La virtud de la magnanimidad, inseparablemente unida a la virtud de la humildad, constituye un camino privilegiado para avanzar y crecer en la experiencia del perdón entre los padres y los hijos.

### **7) Concretando**

1. ¿Por qué el perdón de los padres hacia los hijos tiene valor paradigmático?
2. ¿Qué nos enseña la parábola del hijo pródigo respecto al perdón de Dios?
3. ¿Cómo pueden ayudarse los cónyuges en la tarea de perdonar a sus hijos?
4. Explica cómo se retroalimenta el perdón de los padres hacia los hijos y a la vez pedirles perdón cuando les ofenden.

### **8) Práctica familiar**

Recordaros que la práctica para este curso es ejercitarnos en la celebración del sacramento de la confesión. La propuesta es ofrecerlo a todos los miembros de la familia un domingo al mes, y celebrarlo con un postre en la comida o cena de ese domingo.

### **9) Referencias**

H. NOUWEN, *El regreso del hijo pródigo: meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, PPC, Madrid 1992.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 129.